

El Baluarte

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7'50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 51

Sevilla—Sábado 1.º de Marzo de 1902

AÑO XXVI

Socialistas evolucionistas

Por extraño que parezca el caso, es lo cierto que la prensa monárquica y los elementos del partido conservador, principalmente los tenedores de papel del Estado, los que hacen alardes de ostentación de algún título nobiliario, y los grandes propietarios y hasta esos mismos atildados sin ideas ni aficciones y sin otros quehaceres ni ocupaciones que colocarse la gardenia, implorar el favor de los periodistas para obtener entradas de favor en los teatros y demás espectáculos públicos, distribuyendo los días de la semana para comer de gorra, ya en casa del banquero, ya en casa del magnate, ya en el gran restaurant a cuenta de algún imbécil pagano, ya en el hotel de la dama dádiva y espléndida que, a cambio de un rato de distracción, necesita esos busca-vidas, verdaderos zánganos de la sociedad, para que la diviertan.

Estos hombres así, que son muchos, figuran generalmente en los partidos conservadores, y desprecian a la plebe y a los plebeyos.

Pues bien; hoy todos estos elementos se han propuesto hacer el juego de los socialistas ojateros, jaleándolos y hablando en sus periódicos, en sus centros y hasta en sus grandes recepciones de los jefes de esa agrupación, que quieren presentarnos como numerososísimos.

Les presentan como dechado de virtudes, como apóstoles de una idea nueva que debe ir encarnando en nuestras leyes y en nuestras costumbres, pero despacio, sin forzar la máquina evitando los grandes sacudimientos, y, sobre todo, estableciendo una verdadera inteligencia con el altar y el trono, para conjurar los peligros de la democracia individualista y para poner freno a las justas pretensiones de esos obreros que, mirando sus hogares en que anida la miseria, y viendo a los suyos víctimas de inanición, se entregan a la desesperación jugándose, todo valerosamente para redimirse.

Si los hombres de la Francia de los finales del siglo XVIII hubieran escuchado los halagos de los partidarios del antiguo régimen, y hubieran fiado a la evolución la implantación de los derechos desconocidos, aún renacerían en la nación vecina los descendientes de Luis XVI, y Francia sería un feudo del Papa, y el mundo no se habría redimido.

Si nosotros no hubiéramos realizado nuestra revolución de 1868, aun con todos sus atenuantes y con todos sus retrocesos en que hemos caído, hoy viviríamos en completa dependencia del sable, y esos mismos obreros evolucionistas no podrían reunirse, concertarse, fundar periódicos, ni serían halagados por la hueste conservadora para que les haga el juego.

Sin esas mismas determinaciones de las huelgas generales, de los paros, de la resistencia y de la amenaza con la revolución violenta, los políticos al uso no se cuidarían del problema obrero y el apostolado de los evolucionistas merecería las risas los desprecios con que esa misma prensa y esos mismos personajes los trataban hace poco más de diez años.

La evolución, si, es muy buena para el que, estando arriba a fuerza de incorrecciones, inconsecuencia y malas artes, siente que se le pueden concluir en un solo día todos los privilegios y beneficios de que disfruta por obra de la revolución, y por esto la condena preconizando el pracedimiento pacífico, porque éste no puede hacerle daño, y laborando a la vez contra el adversario verdaderamente temible, contra la República.

Mediten bien esos socialistas de buena fé lo que significa para la causa del proletariado el abrazo de los conservadores que se parece mucho al cuidado egoísta de los antiguos señores con sus esclavos, y piensen que la evolución no resolverá jamás el problema del trabajador, sino cuando la libertad sea un hecho y cuando todos los derechos estén garantizados, entonces será conveniente; hoy la evolución es suicida o criminal.

A. A.

Murmuraciones

¡Qué cosas más raras!
Victor Hugo, que está muerto, resucita hoy en todo el mundo.

Sagasta, que está vivo, se muere hasta para Pablo Cruz.

—Pero, hombre, ¡qué comparación! ¡Apenas hay diferencia entre un buhonero de la política y un dios del pensamiento!...

Si por eso los he puesto juntos: para despreciar más al español, y para admirar más al francés.

Es posible que alguno de esos sacamuelas afiliados al partido liberal se atreva a decir:

—Cada uno en su esfera...

¡A callar, señor mío!... Descúbrase usted ante esa gloria, una de las más puras de Francia, y atáquese el sombrero ante ese clown valentiniano que no ha tenido siquiera la virtud de retirarse a morir en la soledad de su gabinete de enfermo.

Se está tratando en el Congreso español de los sucesos ocurridos en Barcelona últimamente.

Ha hablado Robert, en nombre de los cerebros catalanistas, cerebros que, según ha dicho el doctor, son de más peso que los cerebros españoles; porque como ellos tienen allí la montaña del Montjuich, se creen, como ella, altos y de peso.

También ha hablado el Sr. Dato Iradier—¡cualquier cosa!—en nombre de los cerebros silvelistas, como si los silvelistas tuvieran cerebro.

Y después de haber hablado ambos señores—uno catalán de contrabando y otro castellano forense—nos hemos quedado lo mismo que estábamos antes.

Ni Robert ni Dato han dicho una palabra que nos pueda poner en autos de... por qué, durante los últimos motines, han sido respetados y guardados los conventos de los jesuitas, cuando, *in illo tempore*, Barcelona fué la primera en arrojar a los frailes por las ventanas para evitarles que bajaran por las escaleras.

El más profundo misterio rodea todo lo acaecido, y todos convienen en que la cuestión social es un problema que hay necesidad de estudiarlo.

Y yo creo que no.
Que no hay necesidad de estudiarlo, sino de mantenerlo.

En llenándole la barriga al problema social, éste se quedará tranquilo.

Pan, vino y carne, y la tranquilidad será con nosotros los trabajadores.

Noticias de los periódicos en la época presente, porque importa mucho a todos saber el agua que llueve:

«El Guadalquivir llevaba cinco metros veintisiete anoche a las diez y quince... Después, a las once y veinte, cinco metros veintiocho... Se espera que cuando medie la noche, suban las aguas si la Providencia quiere... Nuestros tenientes de Alcalde andan todos como liebres para evitar que las aguas en nuestras calles penetren.

En cuanto observan un charco ordenan que lo rellenen.

¡Gracias a tan noble esfuerzo nos quedaremos indemnes!»

¡Y el Guadalquivir, hermoso, majestuoso, solemne, sigue su camino impávido, de cuando en cuando riéndose de los tenientes de alcalde que van a su orilla a verler!

El concejal borbollista Sr. D. Juan Antonio Algarín propuso en la sesión celebrada ayer por el Ayuntamiento, que el Alcalde significara a la Compañía Sevillana de Electricidad colocara una docena de focos en el trayecto que va a tender la Empresa de Tranvías por el paseo llamado de las Delicias hasta llegar a la glorieta de Bella Flor, con el fin plausible de que en el próximo verano sea aquello un paseo que correspondiera al nombre que lleva: las Delicias.

Dicha proposición fué acogida con plácemes generales, y el Alcalde quedó encargado de hacer las gestiones oportunas.

Por esta vez el Sr. Algarín ha ejercido de campana de Pamplona: ha tocado bien y a tiempo.

Pero... el Sr. Algarín no ha tenido en cuenta una cosa importantísima: los malos ratos que van

a pasar los pobres seminaristas, encerrados en el Palacio de San Telmo, viendo desde sus amplios jardines la iluminación brillante, y oyendo el bulir y rebullir de las buenas mozas por aquellos sitios... en tanto ellos se entregan a la oración y a la continencia.

Yo sé que el Sr. Algarín me dirá:

—¡Que se fastidien! ¡Que no estudien para curar!

Pero... Sr. Algarín: llevar el mundano ruido y la alegría de la vida a esos sitios en que oran por nosotros los pecadores esos futuros mártires del *Ryrie Eleyson*.

¡Oh! No se lo perdonarán a usted, aunque nosotros le aplaudamos por su iniciativa provechosa.

Como ahora está sobre el tapete la cuestión social, no dejaremos pasar nada de lo que con ella se relaciona, siempre que esta nada sea algo que merezca consignarse.

Oigamos esto:

«Es justo que los que trabajan mueran de hambre, y los que no trabajan mueran hartos? ¿Debe el obrero trabajar doce y catorce horas? La mujer ¿no tiene derecho al hogar, ni el niño a la instrucción? ¿Cuando al capital se le saca de utilidad el 25 y el 50 por 100, ¿es lícito que el trabajador tenga que vivir con su mujer y sus seis hijos con dos pesetas? ¿Basta al hombre del campo un gazpacho por la mañana y otro gazpacho por la tarde y tres reales de salario para la familia, después de trabajar de sol a sol? ¿Deben vivir unos hombres en palacios y otros en cabañas? ¿Para los menos debe ser la alegría, la salud y el pan, y para los más la miseria?»

Preguntas son todas estas a las que contesta en *La Iberia* de mi buen amigo el republicano vestido de monárquico, D. Estanislao D'Angelo.

Oigámosle:

«Del modo dicho, procurando las clases directoras, patronos, capital, en suma, colocar al obrero en condiciones de alimentarse, vestir y habitar, pues de otras funciones sociales no hablamos, por mucho menos dinero del que hoy invierte en la satisfacción de sus necesidades, se habrá conseguido que el desnivel entre el jornal y el gasto del obrero desaparezca y con el término de a causa se habrá dado fin al efecto.»

Amigo D. Estanislao:
Ese remedio que usted propone es muy vago, y casi casi es una especie de unguento amarillo, que sirve para todo y nada cura.

En condiciones de alimentarse, vestir y habitar, no: así no se remedia.

Se remedia diciendo: en condiciones de alimentarse BIEN, vestir BIEN, y habitar BIEN.

Si el problema está ahí: en el gran desnivel que existe, y que no debe de existir.

En un taller metalúrgico, por ejemplo, el capitalista pone gran empeño en que las máquinas sean bien cuidadas, ya por medio del engrase, ya por los infinitos que existen para conservar las bien y que sean duraderas.

Y teniendo en cuenta que el obrero es la máquina social, las clases directoras son las encargadas en que esa multitud de piezas estén también engrasadas lo bastante para que no se descompongan.

Y no valen vaguedades, porque aquí ya hemos convenido en que la clase trabajadora se alimenta con un gazpacho, y eso no es verdad: lo que hace es engañar al hambre con el gazpacho.

Y como el Sr. D. Estanislao parece decir:—Cuidese de que no le falte el gazpacho—por eso le digo yo:

—No. El problema social está en que el obrero, por los periódicos, se ha enterado de que hay gente—las menos—que comen carne de vaca y de ternera y otras porquerías substanciosas, y se ha dicho:

—¿Y por qué no las hemos de comer nosotros también?

Y ahí está la cuestión... cuestión que no se resuelve con un parche de unguento amarillo, ni diciendo:

—Demosles de comer, de vestir y en donde habitar.

Se resuelve, ó con los Maüsser, ó con lo otro.

Y en busca de lo otro van.

Allá veremos si lo encuentran.

Dos párrafos de un discurso pronunciado por Victor Hugo...

Creo que fué el último que pronunció:

«Los tiempos son llegados. El derecho ha encontrado su fórmula. Hoy la fuerza se llama la violencia, y comienza a ser juzgada. La civilización, cediendo a los clamores del género humano, instruye el proceso criminal de los conquistadores. (Movimiento.) En muchos casos el héroe no es otra cosa que una variedad del asesino. (Aplausos.) Los pueblos han llegado a comprender que el engrandecimiento de la maldad no puede constituir su disminución. Si matar es un crimen, matar mucho no puede ser la circuns-

tencia atenuante. (Risas y bravos.) Si robar es una vergüenza, invadir un pueblo no podrá ser una gloria. (Aplausos repetidos.)

Los *Te Deums* no hacen ya gran efecto y no podrán impedir en adelante que el homicidio sea homicidio, y no importa nada llamarse César ó Napoleón, porque a los ojos del Dios eterno no se cambia la figura del asesino, aunque se ponga sobre su cabeza, en lugar del gorro del presidente, una corona de emperador. (Aclamaciones repetidas. El público se levanta, agitando las señoras los pañuelos; durante algunos minutos el orador no puede seguir el hilo de su discurso.)

¿Han leído ustedes eso?

Pues bien: ahora sepan que el Sr. Nocedal, español para vergüenza suya, ha dicho que todas las obras de Victor Hugo debieran quemarse.

Y a él... a Nocedal, dejarlo en paz y en gracia de Dios.

Sin ponerle una jaquima y el aparejo consiguiente a su brutalidad.

Voy a hacerle un ruego al señor Alcalde de Sevilla, por si se le ha pasado un dato muy importante, y que es digno de tenerse en cuenta.

Cuando, hace un mes, se inauguraron las obras de defensa contra las arriadas del Guadalquivir en el sitio llamado *Ranilla*, el señor Arzobispo de la diócesis fué allá, en compañía de sus familiares y de su virtud—jesto último que no se olvidé!—y delante de numerosos testigos dijo que echaba sobre aquellas tierras una bendición del cielo para que nos evitara las arriadas y demás miserias anexas.

Los campos y las vegas están arriados hasta la coronilla, el río subiendo más que los comestibles, el tiempo con la cara más fea que un casero de mala cara, y... la bendición del cielo sin surtir efecto.

¿Es que la llevaba en el bolsillo, y se le olvidó regarla por *Ranilla*?

¿Es que la echó, y alguno de los rateros que estaban por allí la cogió y la ha empuñado?

¿O será que la arrojó con tanta fuerza, que quedó soterrada, y Dios no se ha enterado de que hay en dicho sitio una bendición del cielo, y nos va a ahogar por equivocación?

Ruego al señor Alcalde, que, mediante el nombramiento de una Comisión, a cuyo frente puede ir el concejal *Peptilla*, por sus excelentes condiciones de peón caminero, ordene la búsqueda de la bendición del cielo susodicha, para cerciorarnos de si es verdad que sirve para algo, ó si, como yo creo, eso es una indigna superchería que para nada sirve.

CARRASQUILLA.

El gran republicano

Anteayer se cumplieron cien años que en una modesta casa de Besanzón nació un niño de cuerpo enteco y cabeza enorme, al que pusieron por nombre bautismal Victor María.

Su abuelo fué un pobre carpintero de Nancy; su padre, Leopoldo Sigisberto Hugo, era un general de brigada del ejército napoleónico; uno de aquellos bravos jornaleros de la época de la República, que, a la voz de Danton, arrojaron las herramientas para empuñar el fusil y correr a la frontera, transformándose en los primeros soldados del mundo. Guerreado en la Vendée contra los realistas, el comandante Leopoldo Hugo se casó con la señorita Sofía Trebuchet, hija de un armador de Nantes, y de este matrimonio nació el poeta más grande de la época moderna.

El padre plebeyo, republicano y escéptico, como todos aquellos soldados que, faltos de pan, llevaban en sus mochilas a Voltaire y Diderot; la madre aristócrata, realista y devota. Este cruzamiento de clases y opiniones, propio de la agitada vida de la revolución, reflejóse en la existencia de Victor Hugo, que comenzó cantando en la infancia el blanco estandarte de las flores de lis para acabar sus días entonando, en nombre del porvenir, un himno de clemencia para la roja bandera de la Commune, enseña de los indignados y los oprimidos.

Francia entera, que desfiló hace años ante el féretro del gran poeta, celebra ahora con el concurso de todos los pueblos el natalicio del genio que llena con su gloria el siglo XIX. Napoleón, que apenas fijó sus ojos en el modesto general Hugo, estaba lejos de creer que un rapazuelo de aquel sufrido soldado, rodando de guarnición en guarnición, de Nápoles a Madrid, por caminos infestados de guerrilleros, entre victorias y retiradas, había de ser más grande

que él en la memoria de los pueblos, ocupando con su fama un siglo que parecía monopolizado por el gran conquistador.

¿A qué hablar de la gloria literaria de Víctor Hugo? A los dioses se les adora en silencio, con el ánimo sobrecogido ante su grandeza; es un sacrilegio analizar su gloria. La humanidad, marchando al través de la noche de su tristeza, encuentra a trechos inmensos, cada cuatro ó cinco siglos, faros aislados de eterna luz que la guían hacia la belleza ideal, alegría de la existencia. Esos faros se llaman en la antigüedad Homero y Esquilo; en la Edad Media, Dante; en el siglo del renacimiento literario Shakespeare y Cervantes; y en la época moderna Víctor Hugo: sólo Víctor Hugo.

Eminente es Balzac con su colosal bagaje de *La Comedia Humana*; asombra Zola por lo gigantesco de sus concepciones, que hacen de él un Miguel Ángel literario; Tolstoi inspira la veneración de un santo, guardador de las llaves del cielo, donde se purifican las almas; pero con toda su gloria, estos tres grandes artistas de nuestro siglo no son más que gradas del pedestal en cuya cima sonríe, con la majestad serena y bondadosa de un dios el autor de *La Leyenda de los siglos*.

¿Quién desconoce su nombre? ¿Quién ignora su gloria? Tres generaciones han aprendido a leer en *Nuestra Señora de París*; la humanidad entera se ha conmovido ante las desdichas del presidiario sublime de *Los Miserables*, y muchas veces, en la vejez del poeta, bastó una estrofa dirigida a los soberanos del mundo pidiendo la vida de un condenado a muerte para que la víctima se salvase en los mismos peldaños del patíbulo. Cuasimodo y Juan Valjean, Hernani y Cossette, Cimourdin, el cura revolucionario del *Noventa y tres* y el tuitero de *El hombre que rie*, son seres reales engendrados por el poeta, que, como el judío errante, vivirán mientras subsista el mundo.

Víctor Hugo es inmortal, porque no sólo fué artista, sino hombre de acción. La posteridad no admite eunucos y sonríe desdeñosamente a los artistas que, enamorados de sí mismos é insensibles a los dolores y aspiraciones de su época, se encierran en la torre de marfil, adorándose como el joven que malversa su virilidad en onánico placer. El porvenir ama al que desciende de las alturas ideales para confundirse con la gran masa que lucha y sufre; al que estrecha entre sus brazos a la áspera y fea realidad y cohabita con ella, engendrando la historia con estos rudos encuentros.

Los genios sobreviven muchas veces, porque al pensamiento unieron la acción. A Esquilo lo apedrearon en el teatro de Atenas por revolucionario; Dante vivió emigrado gran parte de su vida; Hugo, ante el golpe de Estado del 2 de Diciembre, levantó las barricadas donde murió Baudín; Zola fijó para siempre su renombre universal el día en que, abandonando la calma de su estudio, turbada por el clamoreo del proceso Dreyfus, bajó a la calle para luchar por la Justicia. La Francia, que celebra el centenario de su gran poeta, piensa al mismo tiempo en el más grande de sus republicanos, en el desterrado Víctor Hugo, padre de la tercera República.

No se sabe qué admirar más: si el cantor de las *Orientales*, el épico novelista de *Los Miserables* ó el viejo desterrado de Guernessey, el poeta republicano que, por condensar en su persona la protesta revolucionaria contra Napoleón III, era expulsado de casi todos los pueblos de Europa, y en su triste peregrinación arrojaba a la cabeza del tirano, como las inmensas moles de la guerra de los titanes, los versos aplastantes de *Los Castigos*.

La constancia del poeta, su testarudez de desterrado, la fe que le inflamaba viéndose inermemente, abandonado y solo ante el Imperio triunfante, fué lo que proporcionó a Francia la tercera República. Profetizó desdichas a su patria por someterse a la tiranía, y las desdichas llegaron; maldijo a los reyes, y los reyes son hoy odiados por todos los pueblos. La mirada del poeta sondea el porvenir con más seguridad que el anteojo de la ciencia sondea el cielo. Por algo los pueblos primitivos, con su sinceridad bárbara, llamaron a sus cantores bardos, ó sea adivinos.

De todas las frases célebres de Víctor Hugo, no conozco ninguna que me produzca el escalofrío de la sublimidad, de la inmensa grandeza, como la famosa de *Los Castigos*, dirigiéndose al tirano triunfante:

«Et si il n'en reste qu'un, je serai celui là.»

El Imperio estaba en su apogeo; sus ejércitos triunfaban en Sebastopol y Magenta; los negocios de Francia marchaban bien; todos se mostraban satisfechos. Napoleón el pequeño parecía eterno; nadie se acordaba de la República, el

vulgo despreciaba a los desterrados, las apostasías eran frecuentes, y el poeta, ante el éxito de la tiranía, casi solo en su emigración, calumniado y escarnecido, levantaba su voz de profeta revolucionario, y en nombre del ideal republicano, al que todos volvían la espalda, decía manteniendo su protesta: «Y si sólo queda uno, ese será yo.»

Los que desesperáis al ver que transcurre el tiempo sin que se derrumbe el absurdo y triunfe la razón: los que sentís desaliento viendo que aún vive una monarquía después de ser autora de las mayores vergüenzas nacionales; los que vaciláis y atraídos por el éxito, veis negro el porvenir, intentando transigir con el presente, pensad en el anciano sublime, en el gran republicano, en el desterrado invencible que no desmayaba ante una tiranía triunfante y floreciente, mil veces más fuerte que una monarquía agobiada por las pérdidas de territorio y la miseria de su existencia; volved vuestro recuerdo a Víctor Hugo, y con la misma fe que le hizo ver en la firmeza de la protesta la certeza del triunfo, repetid sus palabras ante el porvenir:

«Si sólo queda uno, ese será yo.»

BLASCO IBÁÑEZ.

Notas de actualidad

LA RIADA

Amaneció hoy un día espléndido, renaciendo la esperanza de que la riada, que ya ha producido daños incalculables, no aumentaría éstos. Aprovechando la hermosa mañana que hacía, nos dedicamos a visitar los puntos inundados.

El Tamarguillo creció de un modo extraordinario durante la madrugada, y las aguas desbordadas penetraron en muchas casas del barrio de la Calzada.

Como los vecinos de los pisos bajos de aquella esperaban la visita, la inundación causó pocos daños, pues ya durante el día habían trasladado el mobiliario a los pisos altos.

También inundaron las aguas durante la madrugada última algunas de las huertas más próximas a la Calzada y barrio de San Bernardo.

Los daños causados en estos predios rústicos, son de gran consideración.

El Guadalquivir, lejos de aminorar en su caudal de aguas, ha seguido creciendo con visible rapidez.

Esta mañana la altura de aquél era próximamente de siete metros.

Sobre el Muelle de piedra pasaba de un metro la altura de las aguas.

La Vega de Triana seméjase a un mar cenagoso. En medio de las rojizas aguas que llegan hasta la falda del cerro de Castilleja, se ven las casas que la inundación ha dejado aisladas completamente.

Algunas de las familias que habitaban en dichas casas de la vega, han tenido que ser auxiliadas por medio de lanchas.

También hubo necesidad de enviar auxilios durante la madrugada última, por medio de embarcaciones, a una huerta próxima a San Juan de Aznalfarache.

Las aguas han invadido una gran extensión de terreno de la vega de la Algaba, llegando hasta muy próximo al pueblo.

Los vecinos que habitan en las casas bajas de aquel se preparan a abandonarlas y buscar refugio en el Castillo ante el peligro inminente de inundación en que se encuentran.

Los sembrados de dicha vega, sufrieron con la inundación grandes daños.

Algunos boteros se han dedicado a la pesca de los troncos de árboles que la corriente del río arrastra.

Ayer y hoy hicieron buen acopio de aquellos, que depositaban en la banda del Guadalquivir por la parte de Triana.

Numerosos curiosos presenciaban la operación, que resulta curiosa y no poco arriesgada.

El camino que conduce a la dehesa de Tablada se encuentra completamente cubierto por las aguas, y parte de las tierras de sembrado próximas a aquél.

Los caminos, en general, se encuentran intransitables, y la comunicación se hace difícil con algunos pueblos.

Los que han tenido que transitar por la veda de carnes que desde Ranilla va al Empalme, tanto entre las haciendas de Buenavista y Hernancebollas, como más adelante, dicen es peligroso el tránsito aun en carros y en caballerías, dada la altura que en dichos parajes alcanzan las aguas.

En la calle San Jorge (Triana) los operarios del Municipio estuvieron anoche quitando las barricadas que formaban los adoquines, con el fin de que, si desgraciadamente llega el caso, pueda prestarse auxilio en lanchas ó en carros a los vecinos de aquella vía.

Durante toda la noche han estado de guardia dos cuadrillas de operarios para acudir a donde fuera precisa su presencia.

En la junta de tenientes de alcalde celebrada

ayer, se acordó por todos se estudiaran las necesidades de más perentorio remedio en su distrito, para atender a ellas en lo que fuese posible.

Las avenidas del Guadalquivir son causa de que tengan que parar en sus trabajos algunas industrias, y, por ende, buen número de obreros.

Donde más pronto y con más intensidad se notan estos efectos es en el barrio de Triana, en el que viven muchos cargadores del Muelle, marineros y obreros de los tejares y de las fábricas de loza allí establecidas.

El alcalde, Sr. Héctor, abandonó el Ayuntamiento anoche a las diez, recorriendo los sitios inundados, en unión del arquitecto municipal Sr. Saez.

Antes dispuso que los peones camineros se retiraran a descansar, en vista de las muchas horas que llevaban prestando servicio.

De orden del Ayuntamiento han sido tapiados los arcos de la calle Castilla que dan al Guadalquivir.

Las aguas aumentaron en los sitios conocidos por El Hoyo del Carretero, el Charco de la Pava y la Corta de San Juan.

A las tres de la madrugada empezó a entrar el agua en los tejares de San Juan, viéndose aquellos vecinos en la necesidad de desalojar las habitaciones bajas.

El tren de dragado encendió durante la pasada madrugada los focos eléctricos, y en la Torre del Oro estuvieron de guardia el práctico mayor, Sr. Leal, un segundo práctico y varios auxiliares, para prestar en caso preciso auxilios a los buques surtos en el puerto.

De actualidad

En el Congreso, Bergamín pide que el comandante de Marina de Bilbao no ficiite a las casas navieras maquioidistas en clase de fogoneros, porque perjudica los intereses de la Armada.

Marengo quejase de que Urzáis no haya remitido los datos que le pidió sobre la Trasatlántica transporta mercancías extranjeras a Filipinas al mismo precio que las españolas; insistiendo en la petición.

Robert, en su interpellación, analizó la premeditación, origen y desarrollo de los sucesos de Barcelona.

Afirma que el anarquismo es la verdadera mano oculta é instigadora.

En todas las naciones cúmplense las leyes, menos en España.

Acusa al Gobierno de imprevisión, porque consintió los mítins anarquistas.

Dice que la huelga cesó al comprender los socialistas que los conducían a la ruina.

Atacó rudamente a Socías.

Le contestó González.

En el debate sobre Barcelona, Dato censuró la imprevisión del Gobierno y del gobernador Socías, acusando a éste de responsable.

Negó la fuerza de los catalanistas.

Apesar de ser 60,000 los huelguistas, no hubo ningún grito antiespañol.

Almodóvar niega la imprevisión del Gobierno, que ha cumplido su deber.

Rectifica Dato é interviene Domenech diciendo que el partido conservador prometió la autonomía política de Cataluña.

Dato lo niega.

A consecuencia del incidente de anoche en el Real, verificóse un lance á espada francesa entre los marqueses de Tovar y Oropesa.

Este sufrió herida leve en el antebrazo izquierdo.

Los contertulios de Sagasta negaron la gravedad de éste.

Afirman que sólo está indispuerto.

Hoy acentuáronse rumores de próxima crisis.

Los miembros de la conferencia de azúcares reuniéronse en Bruselas, llegando á acuerdo sobre supresión de primas y reducción de recargos arancelarios en todos los países al tipo uniforme de seis francos.

En varios puntos de Francia continúan las huelgas pacíficas.

Los huelguistas de las cuencas mineras dirigieron Mensaje de simpatía á los huelguistas españoles.

En el Congreso suspendióse la discusión del crédito contra la langosta á fin de buscar fórmula de concordia.

En Hervas (Cáceres) descarriló el mixto: un muerto y cinco heridos.

En el debate sobre Barcelona intervendrán Dato y Romero, contestándoles Almodóvar y Villanueva y resumirá Sagasta.

A Madridejos llegaron 150 guardias civiles: restablecido el orden.

Habían sido saqueadas varias casas: tres heridos.

Corren rumores de que Sagasta está enfermo de gravedad.

Dicen de Tánger que comenzaron las operaciones contra la kábila Benimesara.

Los imperiales invadieron el territorio de aquella matando, hiriendo y aprisionando á muchos.

Desbordado el Tajo: detenidos los trenes.

Munich: incendio fábrica: derrumbóse pared matando á 19 bomberos.

Reunióse la Comisión de estatutos del Banco y enteráronse de gestiones sobre el proyecto fiduciario, dando un voto de confianza al Consejo.

Este anunció una próxima junta de accionistas para estudiar el asunto.

En Aranjuez arrecia el temporal: se ha desbordado el Tajo.

Inundadas las posesiones reales: daños considerables.

Paradas las fábricas eléctricas y harineras.

El Jalón ha inundado las riberas de Calatayud.

Dicen de Segovia que está inundada la vega, el pueblo de Nava, Nieva y otros.

Interrumpida la línea férrea en Daimiel: temores y precauciones.

El Manzanares ha arrasado las huertas de Alcalá.

Obstruida la carretera: destruidos campos y molinos.

En Murcia el Segura lleva tres metros sobre su nivel: precauciones: la vega está inundada: comenzó el descenso: aléjase el peligro de la población.

El testamento

Los médicos de cabecera han abandonado al enfermo. Es incurable su dolencia.

A los auxilios de última hora suceden el papel sellado y el tintero del funcionario que se dispone a ejercer su ministerio.

Reina alrededor del paciente un silencio sepulcral. Sólo se oyen los extertores de la agonía, y, en la inmediata estancia, las exclamaciones de los herederos que ya se están repartiendo el botín antes de que el enfermo lo distribuya.

En la primera parte del testamento, al ser interrogado el paciente por el funcionario sobre sus creencias religiosas, consignoase que el testador no las profesa. No crea en nada. Está dejado de la mano de Dios.

Su entierro lo encomienda á los albaceas, que, como él, tampoco creen en nada que no sea acomodado á sus carteras y á los bolsillos de los demás.

Son albaceas, expoliadores cuyo tobillo parece que está dispuesto para el grillete del presidio.

La parte dispositiva es la más esencial del testamento. Pero el mismo testador sabe que ninguno de los partícipes en la herencia quiere aceptar ésta sino á beneficio de inventario.

Constituye el acervo común un inmenso terreno, exuberante en muchas partes, más por la naturaleza del predio que por las labores del propietario, y erial en otras, esquilmo por los ataques del fisco y por las invasiones de la langosta.

¡Qué gran terreno cultivado á tiempo y por manos ajenas á la rapiña y al pillaje!

Los herederos son varios, y todos, á cual más, luchan entre sí por obtener su parte en el activo de la herencia.

Nadie quiere asumirse las responsabilidades de las deudas, que son tremendas y no pocas.

El funcionario, rascándose la oreja con la pluma, no encuentra una solución adecuada á tal conflicto.

En estos momentos el enfermo se ve acometido de un insistente delirio. Todos se acercan á él, esperando oír sus frases entrecortadas, febriles, trémulas.

Comienza, pues, la parte más interesante: la de los legados.

El testador, delirante aún, habla de Barcelona, Valencia, Zaragoza, barajando los nombres de otras poblaciones, como si fueran sus feudos y pudiera legarlas á sus herederos.

Estos retráanse hoscos y malhumorados, presintiendo que van á ser juguete de una mala pasada del enfermo.

—No hay más—dice el testador abriendo los ojos—ahí os dejo eso. Cultivad en buen hora esos terrenos donde los páramos y los eriales